



DONDE

CAIGA

LA

**EMILIA LANDALUCE
ROSA BELMONTE**

FLECHA

EMILIA LANDALUCE
ROSA BELMONTE

DONDE CAIGA LA FLECHA



© Rosa Belmonte, 2024
© Emilia Landaluze, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.183-2024
ISBN: 978-84-670-7173-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Gomez Aparicio
Impreso en España - *Printed in Spain*



1

Las gomas de las medias apretaban a Migue Castillo las pantorrillas de unas piernas gordezuelas, casi gomosas, como si pudiesen rebotar contra la pared. La Migue tenía un aspecto simpático de *matrioshka* manchega. El pelo corto, tintado de un negro negrísimo, y una piel morena, densa como el cuero, que delataba años de sol y viento frío en el Campo de Montiel. La Migue iba vestida como muchas señoras de su pueblo. Falda por la rodilla, camiseta de viscosa y un mandil impoluto prendido al pecho por dos imperdibles. Aquella mañana, como otras tantas desde que supo por la tele de la liberación de Sito Pérez hacía unos meses, pasaba por delante de la casa, que estaba al lado de la suya y que había sido de don Alfonso Pérez, muerto hacía muchos años y de quien el pueblo guardaba buen recuerdo por haber sido un buen alcalde. Franquista, pero... Migue sospechaba que alguien había estado revolviendo en la casa, pero no había conseguido ver nada. Tan solo a las hijas de don Alfonso, que iban a echar un vistazo un par de veces a la semana como habían hecho durante los veintipico años que habían pasado. Había un olor que enseguida le resultó familiar. «Butano», se dijo ella tras aspirar un par de veces frunciendo la nariz.

Sacó el móvil del mandil y llamó a su hijo Fede, que era guardia civil. En cuanto llegó, intuyó lo que pasaba. Tiró la puerta abajo y llamó al cuartel de Villanueva de los Infantes. En diez minutos llegaron un par de coches patrulla todoterreno y no tardaron en acordonar la zona.

Unas horas después, Migue y otros vecinos curiosos vieron a los agentes y a la secretaria judicial sacar una bolsa de plástico grande en una camilla.

Federico salió un momento y le susurró a la madre: «Es ese desgraciado. Se ha matado el muy hijo de puta. Con el daño que ha hecho».

Migue pensó que tenía que volver a taparse las canas por si las televisiones y los periodistas iban al pueblo a hacer el reportaje. El resto de las vecinas pensó lo mismo. Y el resto de los vecinos, porque a los hombres también les gustaba el caso que hacen los medios.

Sin embargo, el hallazgo del cadáver de Sito Pérez no despertó el interés que esperaba la Migue y al cabo de dos o tres días dejó de ponerse el traje de chaqueta de las bodas para salir a la calle. Poco después, leía en el ordenador de su nieto el artículo que le había buscado. No podía entender que su hijo no le hubiera contado lo que sí sabía aquel periodista, un tal Ángel Rojo. Claro que, por entonces, aquel agosto de 2017, todo el mundo estaba más pendiente de los atentados en Cataluña que de otra cosa. Aquella furgoneta que atropelló a las personas que paseaban por las Ramblas y que fue el siniestro preludio del simulacro de referéndum del 1 de octubre.

«... El asesino de Alba y Sonia fue hallado muerto colgado de una soga. Como si tuviera miedo de fallar en su intento o que la viga cediese, ingirió también varias cajas de medicamentos y dejó abierto el gas. Estaba determinado a no fallar en su propósito y por eso se puso en medio de un fuego cruzado que incluía ahorcamiento, sobredosis y asfixia...». Migue pensó que aquel pobre desgraciado nunca había tenido pinta de hacer daño a una mosca, ni siquiera a sí mismo.

2

A Socorro Núñez siempre le había dado rabia no haber podido escribir sobre la muerte de Sito Pérez porque la habían mandado a Barcelona ese verano a cubrir los atentados. El caso siempre le había interesado, no solo el asesinato por el que Sito había sido condenado, sino su suicidio, que a ella le parecía perfecto para incluir en su serie de crímenes sin resolver. Consideraba que el suicidio no había quedado claro y que merecía la pena escribir de ello siete años después.

Siempre que la periodista preparaba un reportaje seguía los mismos pasos. Escribía a documentación para que le mandaran todo lo publicado al respecto. El departamento de documentación era de los más efectivos de *El Matinal* y respondía casi al instante a los requerimientos de los periodistas que se molestaban en escribirles. La fórmula de Socorro solía ser educada pero apremiante. «Buenas tardes, perdonad que os moleste. ¿Me podríais enviar los artículos/reportajes sobre los crímenes de El Teatino? Me interesan sobre todo las piezas sobre el hallazgo de los cuerpos y la investigación. También querría que me mandarais la crónica del juicio y los análisis sobre la sentencia que condenó a Sito Pérez como autor de los asesinatos. Y después, los artículos que se publicaron a los diez años del suceso, a los veinte. Y los perfiles que publicamos sobre Pérez cuando fue excarcelado en 2017. Y el obituario que escribió Ángel Rojo cuando murió a las pocas semanas. Muchas gracias».

El equipo de documentación lo integraban cinco personas, vestigio de lo que había sido una sección de casi quin-

ce, acostumbradas a bucear por un archivo centenario como el de *El Matinal*. Y en el que no todo estaba digitalizado, aunque no era el caso en el crimen de El Teatino, la finca manchega donde se descubrieron los cadáveres. A la media hora, Socorro recibió el correo con lo que había pedido. Se había empeñado en hacer una serie semanal sobre crímenes sin resolver que se publicarían cada domingo a partir de año nuevo y el único que le faltaba era ese. Los titulares se los sabía. Había pedido los PDF para ver las fotos con las que habían elegido ilustrar los artículos. «Dos niñas halladas muertas en una finca de Villanueva de los Infantes». Luego, en una tipografía muy negra, «Sonia y Alba fueron violadas brutalmente». «Brutalidad en la tierra de don Quijote». En los noventa, pensó Socorro, se escribía así. Si había una violada, se decía y no se ponía eso de signos de violencia sexual. La primera crónica era del 7 de enero de 1995, el día posterior al de Reyes. Muy buen día para encontrar a dos niñas muertas. «Un pastor halló los cadáveres en una zanja». Parecía que quien lo hubiese hecho no se había esforzado demasiado por ocultarlo, como si quisiera que los encontrasen...

El redactor, el célebre Andrés de Juni, detallaba las tropelías que les habían hecho a las niñas. Desde «empalarlas», una palabra que también se decía entonces, a introducirles en la boca algo tan grande que les había fisurado la mandíbula. También contaba que eran niñas poco desarrolladas, con el pecho liso.

Después comenzaba una sucesión de artículos lacrimógenos y cargados de detalles morbosos. Andrés de Juni, redactor de sucesos de *El Matinal* durante aquella época, había acudido a Almedina, el pueblo manchego de donde eran Alba y Sonia, para entrevistar a las familias de las niñas y recabar el testimonio de los vecinos. Socorro imaginaba el trance y el mal trago que debió de pasar aquel periodista teniendo que hacer ese trabajo tan duro. Había quien decía que De Juni era un pillo. Y que tenía pocos escrúpulos a la hora de abordar a los familiares cercanos de

las víctimas en su peor momento y que le soltaran la frase clásica «clamando justicia» retributiva: «Que les hagan a los asesinos lo mismo que le han hecho a mi niña. Que se acabe eso de los derechos humanos». El ojo por ojo. La ley del talión del Código de Hammurabi. Y después, algunas palabras estremecedoras de las madres. La hiel que les subía por el esófago de la rabia, el vacío de la casa sin las niñas y esas camitas pequeñas que, contaban, nunca desharían porque las sábanas aún olían a ellas. Que a una le gustaba el helado de vainilla y a la otra el de fresa. Que eran muy buenas y que ya les dejaban ir a los recados solas porque en el pueblo se conocía todo el mundo. Que también acompañaban a los padres en la huerta o a la madre cuando tenía que coser. Y las mochilas rosas, el abrigo de piel sintética de Sonia y el de lana verde fluorescente que era de Alba. Los zapatitos en la ventana de su cuarto para que los Reyes no pasaran de largo. Las botas de agua llenas de barro en la entrada. La leche con galletas y las copas de coñac que siempre les dejaban. Ese año, no. De Juni sabía tocar todas las fibras sensibles. Escribió todo lo que le habían contado. Las muñecas que les habían comprado, el juego de operación —sácale un huesito y el corazón, cantaban en la tele—, una bufanda, las orejeras a juego con el abrigo rosa... Y todo se había quedado perfectamente envuelto y sin abrir en un armario.

A Socorro se le encogía el corazón porque recordaba bien ese día. Terrinches, el pueblo de su madre, su pueblo, estaba a apenas veinte minutos de Almedina, y ella solo era un poco mayor que Alba y Sonia, que tenían diez años cuando las mataron. Tan solo habían pasado dos años desde que encontraron a las niñas de Alcàsser y, para entonces, aún se vivía la psicosis que se había creado en torno a aquel asesinato. Además, lo que les habían hecho a Alba y Sonia recordaba a las salvajadas que habían sufrido las niñas de Alcàsser. Y como sucedió con ellas, era más fácil pensar que el autor no había podido ser un piltrafilla como Miguel Ricart y un criminal de poca monta como Antonio

Anglés, sino una sociedad macabra de pederastas y sádicos que hacían lo que les apetecía porque podían pagarlo sin que les costara nada, salvo mucho dinero.

Con las niñas Alba y Sonia (lo de «las niñas de» dejó de ser una fórmula aceptable en los medios) se pensó lo mismo y La Mancha no estaba lejos de Levante y algunos colgados haciendo el indio con tiza habían hecho correr el rumor de una extraña actividad de sectas satánicas en la zona. Ya se sabe, estrellas pintadas y supuestos caracteres en arameo, aunque, en realidad, eran garabatos de alucinados pasados de drogas haciendo el gamberro. Pero las fábulas de brujería y conspiración encuentran siempre buenos caladeros y los incautos caen en sus redes de cuentos de pedofilia, poder e impunidad. Como si los ricos no tuvieran nada mejor que hacer que violar y matar niños.

La Guardia Civil solo había tardado unas semanas en detener a Sito Pérez. Fue visto rondando en su motillo por la huerta del padre de una de las niñas en Almedina. Y él era de Carrizosa. ¿Qué hacía merodeando entonces por Almedina, a casi treinta kilómetros de su pueblo? Sito Pérez, de treinta y nueve años, era una presa fácil. El clásico «tonto del pueblo» al que los niños se dejaban de acercar cuando cumplían diez años. ¿Y las niñas? Pues eran los padres los que no dejaban que se acercaran a él porque lo veían un tío raro, aunque supuestamente inofensivo. O eso era lo que decía su familia.

Pérez era el único hijo varón del último alcalde franquista de Carrizosa. Tenía dos hermanas mayores que preferían darle dinero que hacerle más caso o meterle en su casa. Le ponían un plato en cada comida y regalos en Navidad. Y le hacían firmar papeles para créditos y cesiones. Se habían comprometido con el padre a ocuparse del «pobre Sito» y, sobre todo, a que no pudiera dejar nada a alguien que no fuera de la familia. No hubiera sido extraño que algo así pasara. Era un caramelo para cualquiera que

le cayera en gracia, como sabían los habituales del bar, acostumbrados a beber a su costa, o las prostitutas que trabajaban la comarca. Sito frecuentaba Las Infantas Cachondas, el club de alterne que estaba en Villanueva de los Infantes (de ahí lo de Infantas) y en particular a una prostituta que se llamaba Daisy Cifuentes, pero que era más conocida como la Cachucha y hacía con el pobre Sito lo que quería.

Y todas estas cosas se iban contando en los artículos de Andrés de Juni. También que la Cachucha decía que Sito le pedía siempre a las chicas más jóvenes del club. Que quería que parecieran niñas. «Incluso una vez me pidió si le podíamos rasurar el pubis a una de las chicas». La Cachucha, por supuesto, nunca hubiese pronunciado pubis, pero esa fue la palabra que puso en sus labios Andrés de Juni. Aquello y las huellas de Sito en los zapatos y en la ropa de una de las niñas, pelos y semen en sus cuerpos sirvieron para que lo detuvieran. También dos colillas de Gitanes encontradas junto a ellas. Y todo eso le sentenció para sus paisanos, porque Sito había presumido durante la Navidad del cartón de Gitanes que le había regalado un francés al que le había servido de secretario en una cacería.

El resto lo hicieron los medios de comunicación.

Las hermanas de Sito basculaban entre el deber que les había impuesto su padre de defender a su hermano y el desdén de sus paisanos. Más que desdén, odio visceral. Si les hubieran dejado, lo habrían despellejado vivo (o eso era lo que se musitaba en el casino de Almedina, al que antes de que pasara todo solían acudir los padres de Alba y Sonia).

Socorro miraba la pantalla mientras se liaba un cigarrillo. Las declaraciones de Sito eran desordenadas. Estaba claro, así lo probaban las pruebas que obtuvo la policía que estuvo presente en el momento en que las niñas fueron violadas y asesinadas. Los resultados eran concluyentes, pese a que en aquellos años los análisis de ADN, que llevaban utilizándose en España desde 1989, se aceptaban

con ciertas reticencias porque no tenían la fiabilidad casi perfecta que se conseguiría apenas unos años después. Los análisis de los forenses bastaron para sentarle en el banquillo como único autor del crimen, aunque él siempre decía que no había estado solo esa noche, que un chaval al que nunca había visto en el pueblo le había convencido para subirse en un coche e irse a beber a un cortijo en el que nunca había estado y que tampoco sabía ubicar. Y que se habían metido mucho (a Sito le encantaban las drogas) y que también habían bebido. A partir de ahí, todo resultaba confuso porque ni siquiera recordaba haber recorrido la carretera que separaba Carrizosa de Almedina. Ni encontrarse con las niñas. «Ni mucho menos echarse los cigarros en El Teatino». La policía no le creyó porque el coche de Sito, un Lada Niva que conocía todo el pueblo, había desaparecido y lo encontraron quemado en un basurero que había en el término de Villahermosa. La policía dio por hecho que Sito se había encargado de que ardiera.

Las teorías de la conspiración sobre el asesinato de Alba y Sonia no calaron demasiado en la opinión pública. Era como si, después de Alcàsser, la ciudadanía se hubiera cansado de buscarle tres pies al gato. Si es que algún caso puede ser igual que otro. De nada sirvió lo que contaba Sito, ni que le hablara a la Guardia Civil de aquel misterioso chico del que no recordaba nada. Las hermanas habían explicado a la policía que desde niño había tenido amigos imaginarios y a veces lo veían hablar solo, ensimismado. Y también que cuando hacía alguna trastada o se metía en algún embrollo culpaba a aquellos amigos que solo veía él.

Eso no le venía mal a nadie. Si declaraban loco a Sito, sus hermanas podrían al fin incapacitarle para desposeerlo de lo que le había dejado su padre y así evitar que la Cachucha lo convenciera de casarse en la cárcel y acabara embarazada en un vis a vis. Claro que, si lo declaraban demente, la pena quedaría anulada. Pero la breva no cayó.

El juicio fue higiénico y eficaz. Lo condenaron pese a que parecía casi imposible que alguien recorriera sin que lo vieran —ni se cruzaran con él— los veintiocho kilómetros que separaban Carrizosa de Almedina. Ni tampoco lo vieran cuando se llevó a las niñas a El Teatino, a veinticinco kilómetros de donde las había raptado. Nadie recordaba muy bien la última vez que se las había visto. Las niñas ya eran mayores para andar solas por el pueblo y las dos se habían citado para ver la pequeña cabalgata —con tractores tirando de carrozas y Baltasares teñidos de betún— que organizaba el Ayuntamiento. Había pruebas y ninguna indicaba que hubiera actuado con otra persona. El resto de los artículos escritos tras la condena que le mandaron de documentación era una sucesión de recordatorios. Los diez años de Sito en la cárcel. Una entrevista a los padres de Alba y Sonia a los veinte años del asesinato.

Cuando lo pusieron en libertad en 2017 con sesenta y un años ni un solo reportero trató de entrevistarle, al contrario de lo que le había pasado a Miguel Ricart cuando lo soltaron por la derogación de la doctrina Parot. A la salida de la cárcel de Morón de la Frontera no había ni una sola cámara ni nadie que hubiese tratado de fotografiarlo. Así que tomó un taxi y después se subió a un tren que le llevaría a Madrid, donde se evaporó hasta que apareció muerto en su casa de Carrizosa, a donde había vuelto, aunque sus vecinos no se hubieran enterado. Era lo más prudente que podía hacer la familia. No lo iban a dejar morir como un perro en Madrid, pero las hermanas tampoco querían que sus paisanos supieran que su Sito, el violador y asesino de niñas, había vuelto al pueblo. O que el cuento le llegase a Cadillo, que es como llamaban al padre de Sonia, y se lo llevara para cobrarse sus ojos y sus dientes. Al fin y al cabo, su hermano se lo merecía y ellas siempre decían que no querían volver a saber nada de él, aunque siempre se preocuparían de alimentarlo y de darle todo lo que necesitaba. Sus medicinas para la cabeza, la compra... Pero a condición de que nadie en Carrizosa supiera que estaba allí. Y

Sito había cumplido. No se había dejado ver, pese a que los vecinos sospecharan que en la casa había algo de movimiento.

Socorro siguió enfrascada en la lectura de artículos. El obituario de Ángel Rojo, un periodista un poco más joven que ella al que había desplazado como primera firma de sucesos de la sección de Nacional, era duro y efectivo, escrito con cierta visceralidad, pero también con datos que la policía le había filtrado. Sito Pérez se había suicidado con una sobredosis de pastillas para dormir y se había dejado abierto el gas para asegurarse de morir por si colgarse de la soga no era suficiente. Nadie se preocupó en darle más vueltas de las deseables a la muerte del desgraciado de Sito Pérez. Una soga, pastillas y gas. Tres suicidios en uno.

Socorro subrayó todos los datos importantes de la muerte de Sito Pérez porque ese, precisamente, era el caso sin resolver que más le interesaba. La policía había mostrado sus dudas de que se tratara de un suicidio pese al gas abierto, que estuviera colgado y las pastillas. Sin embargo, tras algunas pesquisas —básicamente, hablar con las hermanas de Pérez y con los padres de las niñas—, dejaron de investigar. ¿A quién le podía interesar la muerte de aquel pobre diablo? «Bien muerto está después de lo que les hizo a las niñas Sonia y Alba», dijeron en el pueblo.

A Socorro siempre le había fascinado la historia de Sito, pero en aquel momento Eduardo García, ya director del periódico, la había mandado a los atentados de las Ramblas. Hubiera dado igual porque Rojo, lo reconocía Socorro, era buen periodista y la Guardia Civil tampoco había dedicado demasiado tiempo al caso. Era lo normal. Los periódicos, como las fuerzas de seguridad del Estado, estaban centrados en lo que pasaba en Cataluña, que desembocaría en el referéndum ilegal del 1 de octubre y a lo que, además, se unía un atentado en el que habían muerto dieciséis personas. Socorro detestaba la política, pero Pepe

Ciempozuelos, el subdirector de Nacional, le había prometido que solo tendría que escribir de los atentados y de todo lo que atañera a las víctimas y a los terroristas. No fue así, porque también le mandaron escribir sobre la manifestación en la que pitaron al rey. Y luego otros artículos sobre fraudes, como el de un desaprensivo que pedía dinero en un *crowdfunding* para pagar la operación cerebral de un nieto que había quedado en coma tras los atentados. Para que todo quedara más creíble, utilizaba la foto de una niña texana a la que habían operado de corazón.

Los artículos sobre la muerte de Sito Pérez eran cortos. Ni siquiera el *Lanza* o *La Crónica de Ciudad Real* le habían dedicado más de un breve. «Hallado muerto Sito Pérez, el asesino de las niñas Alba y Sonia». Y esos temas de los que apenas había nada publicado eran lo que más le gustaba investigar a Socorro. Los refritos, que es como llamaban los periodistas al corta y pega de varios artículos sin aportar novedades, no era precisamente lo que quería conseguir con aquella serie sobre crímenes sin resolver en la que estaba enfrascada.

Socorro guardó en una carpeta algunos perfiles de Sito Pérez, también la primera crónica que pudo localizar del hallazgo de las niñas en El Teatino, en Villanueva de los Infantes, y, tras pensárselo un poco, el obituario de Ángel Rojo.

Su colega había cubierto durante algunos años los sucesos para *El Matinal*, pero después se había ido especializando en la información de Madrid y los jefes consideraron que era mejor mandarle a hacer información local, ya que las páginas de la comunidad estaban siempre bien surtidas de publicidad y era una de las ediciones más vendidas. Ángel Rojo siempre era el primero en enterarse de todo lo que le llegaba a la policía y la Guardia Civil: desde suicidios y accidentes de coche a discotecas con líos, denuncias, robos en joyerías, reyertas entre bandas... De hecho, acababa de publicar buenas historias sobre una pareja de mataviejas en una residencia de ancianos madrileña

que a Socorro le hubiera encantado cubrir, pero ella había decidido irse de vacaciones y tomar distancia después de un verano de mucho trabajo.

A Socorro no le debería haber importado, ya que quien estaba en Nacional, la sección importante, era ella, pero le daba rabia porque Ángel Rojo era un poco más joven y, de alguna manera, según le habían contado, había sabido jugar bien sus cartas para lograr la categoría (y lo más importante, el sueldo) de redactor jefe. Pero Ángel, pensaba Socorro, no tenía culpa alguna de que sus jefes lo valoraran más que a ella, que nunca había tenido narices de reclamar nada porque pensaba que bastaba con hacer bien su trabajo para que se lo reconocieran. A Ángel le ayudaba que era un tipo simpático, hablaba idiomas y era de los que iban haciendo niños a incautas que se atontaban con sus poemas de Gil de Biedma o cuando les contaba lo buen padre que era con sus hijos, la pequeña Greta y Germán, un trasto en el colegio porque era hiperactivo y superdotado. Era verdad que Ángel Rojo tenía un piquito de oro para tirarse el rollo y que conseguía todo lo que se proponía con un aire de falsa modestia que a muchos les podría resultar prepotente. Y también era mono, con su pelito corto negro en el que ya asomaban algunas canas y la barba de unos pocos días.

Lo último que vio Socorro antes de apagar el ordenador fueron las fotos de Alba y Sonia el día de su primera comunión que habían publicado los medios. Pensó con un escalofrío en el terror de las niñas en el instante en el que comenzó todo. Ese momento en el que se dieron cuenta de lo que ese hombre iba a hacerles. Sito Pérez, un malo tonto, un tonto malo. O algo peor...